

Nicolás Maquiavelo

# El Príncipe

Prólogo, traducción y notas de  
Miguel Ángel Granada



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Título original: *Il Principe* (1532)

Primera edición: 1981  
Tercera edición: 2010  
Décima reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, y Materiales de Estudios y Publicaciones, S. A.,  
1981, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-6423-1  
Depósito legal: B. 34.190-2011  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,  
envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Introducción, por Miguel Ángel Granada
- 17 En los orígenes de *El Príncipe*: La correspondencia con Vettori y el inicio de los *Discorsi*
- 24 *Il Principe*: su estructura interna
- 29 Sobre algunos conceptos maquiavelianos
- 33 Sobre el lenguaje de Maquiavelo y la presente traducción
- 37 Bibliografía

## El Príncipe

- 43 Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo de Medici

## De los principados

- 47 I. Cuántos son los géneros de principados y por qué modos se adquieren
- 48 II. De los principados hereditarios
- 49 III. De los principados mixtos
- 59 IV. Por qué razón el reino de Darío, que había sido ocupado por Alejandro, no se rebeló tras la muerte de éste contra sus sucesores
- 63 V. De qué modo se han de gobernar las ciudades o principados que antes de su adquisición se regían con sus propias leyes

- 65 VI. De los principados nuevos adquiridos con  
las armas propias y con virtud
- 69 VII. De los principados nuevos adquiridos con  
armas ajenas y por la fortuna
- 79 VIII. De los que llegaron al principado por me-  
dio de crímenes
- 84 IX. Del principado civil
- 89 X. Cómo se han de medir las fuerzas de todos  
los principados
- 91 XI. De los principados eclesiásticos
- 95 XII. Cuántos son los géneros de tropas y sobre  
los soldados mercenarios
- 101 XIII. De los soldados auxiliares, mixtos y propios
- 106 XIV. De lo que corresponde al príncipe en lo  
relativo al arte de la guerra
- 109 XV. De aquellas cosas por las que los hombres  
y sobre todo los príncipes son alabados o  
censurados
- 111 XVI. De la liberalidad y la parsimonia
- 114 XVII. De la crueldad y de la clemencia, y si es  
mejor ser amado que temido o viceversa
- 118 XVIII. De qué modo han de guardar los príncipes  
la palabra dada
- 122 XIX. De qué modo se ha de evitar ser desprecia-  
do y odiado
- 134 XX. Si las fortalezas y otras muchas cosas que  
los príncipes realizan cada día son útiles o  
inútiles
- 140 XXI. Qué debe hacer un príncipe para distin-  
guirse
- 144 XXII. De los secretarios de los príncipes

- 146 XXIII. Cómo se ha de huir de los adúladores
- 149 XXIV. Por qué han perdido sus Estados los príncipes de Italia
- 151 XXV. En qué medida están sometidos a la fortuna los asuntos humanos y de qué forma se les ha de hacer frente
- 155 XXVI. Exhortación a ponerse al frente de Italia y liberarla de los bárbaros
- 161 Notas



# Introducción

Niccolò Machiavelli nace en Florencia el 3 de mayo de 1469, el mismo año que Lorenzo de Medici (el Magnífico) asumía el control y el poder real sobre la República florentina que su familia venía ejerciendo desde el retorno de Cosme el Viejo en 1434 y que iba a mantenerse ininterrumpidamente hasta 1494. Son los años en los que la política italiana se encuentra equilibrada entre las cinco potencias firmantes de la paz de Lodi (1454; Milán, Venecia, Florencia, el Papa y Nápoles); son también los años en que la cultura florentina alcanza su apogeo con la restauración platónica de Ficino y Pico della Mirandola, con los logros en pintura, escultura y arquitectura, y con la poesía del propio Lorenzo y de Poliziano. Pero son también años en que se aprecia un estancamiento de la actividad económica en Florencia y en Italia, en los que el comercio y la actividad financiera se resienten mientras la antaño emprendedora oligarquía mercantil y

financiera se feudaliza a un ritmo creciente en un vario-pinto proceso de acercamiento a la antigua nobleza rural.

Sin embargo, esta situación de equilibrio se rompe cuando en 1494 (dos años antes había muerto Lorenzo) el rey de Francia baja con sus ejércitos a Nápoles. Ese año señala el comienzo de una nueva fase en la historia italiana y europea: desde ese momento, la política italiana deja de ser autónoma y la península se convierte en el escenario donde las nuevas monarquías europeas (Francia, España) dirimen sus pretensiones a la hegemonía militar y política en Europa. La nueva fase se caracteriza, pues, por la aparición del Estado moderno (justo lo que falta en Italia y a lo que Maquiavelo pretende movilizar mediante su *Príncipe*) sobre la base de la unificación del cuerpo social en torno al soberano, de la configuración de una administración centralizada y, sobre todo, de la formación de un ejército directamente a las órdenes del monarca. Esta inserción de Italia en la política global europea, la inmediata tradición y desarrollo políticos y culturales de Italia (singularmente –como es obvio– de Florencia) constituyen el marco en el que hay que situar toda lectura de Maquiavelo. Las reflexiones de índole general que sobre el «poder» suscita su obra –y especialmente *El Príncipe*– no pueden perder de vista esta inserción, y sobre todo el propósito del autor de incidir y actuar sobre la situación de crisis para efectuar una mutación política en Italia que regenere la antigua *virtú*.

La excursión por Italia de Carlos VIII de Francia tiene como consecuencia la expulsión de Florencia de los Me-



dici y la restauración de una República de fuerte contenido popular, que se mantendrá hasta 1512, fecha en que los Medici retornan de nuevo a Florencia y al poder. En los primeros años la nueva República florentina (hasta 1498) aparece dominada por la poderosa figura del fraile Girolamo Savonarola, cuya oposición anterior al dominio mediceo, unida al cumplimiento de sus profecías y a sus exigencias de regeneración política, social y religiosa le proporcionaron en los primeros años de la República un extraordinario prestigio y una amplia adhesión entre la población florentina. Cuando la estrella del fraile comienza a declinar, nos encontramos con los primeros testimonios de Maquiavelo: una candidatura fallida a un empleo de secretario de la cancillería de la República y la importantísima carta del 9 de marzo de 1498 acerca de los movimientos finales de Savonarola.

El 19 de junio de ese mismo año Maquiavelo era elegido finalmente secretario de la Segunda Cancillería de la República; al mes siguiente añadiría a ese puesto el de secretario del Consejo de los Diez (*Dieci di Balìa*) a cuyo cargo estaba el control de la diplomacia y la dirección de la guerra. Todavía en 1507 recibiría además el cargo de secretario de los Nueve de la Milicia, el organismo encargado de efectuar el reclutamiento y la organización de la milicia ciudadana para garantizar la defensa de la República al margen de las armas mercenarias y auxiliares. Maquiavelo conservó esa posición hasta que en 1512 el desenlace de la Liga Santa contra Francia trajo consigo la derrota de la República y el retorno de los Medici. Entonces Maquiavelo fue depuesto de todos sus cargos y condenado al ocio forzado que le permitiría escribir

sus grandes obras (*Il Principe*, los *Discorsi sopra la prima decada di Tito Livio*, el *Arte della Guerra*). Pero en el intermedio, sus largos años de ejercicio activo de la política le habían permitido conocer los entresijos de la política italiana e internacional y los problemas de una organización militar eficaz. Todo ello, unido a la asidua meditación sobre la obra de los historiadores antiguos, configura la «lunga esperienza delle cose moderne et una continua lezione delle antiche» sobre la que se funda su sabiduría política, atenta siempre «alla verità effettuale della cosa» y no «alla immaginazione di essa».

En efecto, aunque ignoramos la medida en que Maquiavelo pudo profundizar en la lectura de las «historias» durante los duros y activos años de su ejercicio profesional como secretario de la República, sin embargo, este contacto directo y permanente con la problemática política y militar contemporánea formó paulatinamente las arraigadas y firmes convicciones afirmadas en *El Principe* en 1513. Su asistencia personal al asedio de Pisa en 1499 le permitió comprobar la ineficacia militar y el peligro político de las tropas mercenarias y auxiliares (*Principe*, XII-XIII); la misma trayectoria militar de César Borgia en 1501 y 1502 y su propia experiencia como organizador de la milicia florentina le confirmaban en la superioridad militar y la seguridad política de las «armas propias». El mismo César Borgia –y su padre, el papa Alejandro VI– le confirmaban el papel que en la política juegan la astucia y el engaño, así como la necesidad de «sapere bene usare la bestia e l'uomo» y el papel de la «fortuna» y la «virtud». Sus legaciones como mandatario de Florencia ante el rey de Francia, ante el emperador

Maximiliano, ante el propio César Borgia y a Roma le permitieron conocer las peculiaridades –base de la fuerza o la debilidad– de Francia, Alemania, Suiza, el papa Julio II y César Borgia, que nos aparecen consignadas en *El Príncipe*. Las legaciones le permitieron comprobar la escasa consideración y «reputación» de Florencia ante los poderes con los que había recibido el encargo de negociar: Florencia merecía poco respeto (incluso desprecio; según *El Príncipe*, lo peor que puede ocurrir a un gobernante o Estado) por su impotencia militar (su falta de «armas propias»), por sus divisiones internas, por el carácter vacilante, indeciso e irresoluto de su política. Florencia era un ejemplo del riesgo mortal y la impotencia política de un comportamiento basado en la neutralidad, la «vía di mezzo», el retraso en la toma de decisiones y el gobierno de los súbditos mediante el fomento de las divisiones internas y la debilidad a la hora de reprimir los levantamientos y rebeliones.

El hundimiento de la República en 1512 –según él, consecuencia en gran medida de esa política– y la pérdida de su empleo alejaron a nuestro autor del contacto directo con la política y lo redujeron a un ocio forzado que sólo daba cabida a la reflexión: retirado a sus pobres posesiones de Sant’Andrea in Percussina, lo vemos mantener a lo largo de 1513 una intensa correspondencia con Francesco Vettori (embajador de Florencia ante el papa León X, hijo de Lorenzo el Magnífico y sucesor de Julio II desde marzo de ese año) en la que se nos muestra un esfuerzo –escasamente secundado por su amigo embajador– por conseguir una vía de acceso a los Medici que le permita encontrar una ocupación política y aliviar

así la penosa situación económica en que se encontraba. Maquiavelo no consiguió de los Medici ningún encargo político, pero de su inactividad forzada surgirán sus tres grandes obras. Sólo en 1520 recibirá de la todopoderosa familia un empleo como cronista, del que surgirán las *Istorias Fiorentine*. Tras algunos otros encargos de mínima importancia, Maquiavelo recibe comisiones de mayor valor cuando estalla de nuevo la guerra entre España (Carlos I) y la Liga de Cognac promovida por Francisco I de Francia. Cuando tras el *saco* de Roma se restablece de nuevo la República antimedicea en 1527, Maquiavelo es visto en esta ocasión demasiado vinculado a los Medici y es marginado de los nuevos cargos políticos. De esta forma, el viejo secretario moría en Florencia el 22 de junio de ese mismo año sin haber podido recuperar el puesto perdido en 1512 y sin haber podido incidir con su saber político en el curso de los acontecimientos. Dejaba (además de las obras literarias e históricas y del *Arte della Guerra*, publicado en 1521) dos obras de distinto carácter, si bien complementarias (*Il Principe* y los *Discorsi*, publicadas póstumamente en 1531 y 1532) con el propósito, puesto que su saber no había podido ser puesto en práctica por él mismo, de que mostraran a los hombres la verdad de las cosas para que actuaran políticamente de manera eficaz en pro de la regeneración de Italia:

...No sé, pues, si yo mereceré ser contado entre los que se engañan, si en estos *discursos* míos alabo demasiado los tiempos de los antiguos romanos y censuro los nuestros. Y verdaderamente si la virtud que entonces reinaba y el vicio que

ahora reina no fueran más claros que el sol, andaría al hablar más comedido, temiendo incurrir en el engaño de que yo acuso a algunos. Pero siendo la cosa tan manifiesta que todo el mundo la ve, tendré el valor de decir abiertamente lo que yo veo de aquellos y de estos tiempos, a fin de que los ánimos de los jóvenes que lean estos escritos míos puedan evitar estos últimos y prepararse para imitar a aquéllos cuando la fortuna les dé la oportunidad. Porque es obligación del hombre bueno enseñar a los demás el bien que por la malignidad de los tiempos y de la fortuna tú no has podido llevar a cabo, con el fin de que –siendo muchos capaces de ello– alguno de entre ellos más querido por el Cielo pueda realizarlo (*Discorsi*, II, proemio).

### En los orígenes de *El Príncipe*: la correspondencia con Vettori y el inicio de los *Discorsi*

Cuando Maquiavelo da comienzo el 13 de marzo de 1513 a su correspondencia con Francesco Vettori parece buscar en ello dos cosas: encontrar una vía de acceso al favor de los Medici y desfogarse de su pesar por la mala fortuna que se ve obligado a soportar con resignación. Se tiene incluso la impresión de que Maquiavelo se hubiera hecho el propósito de desentenderse de la reflexión política, pero su interlocutor –acaso como recurso para no responder a las demandas de Maquiavelo de interceder por él ante los Medici– consigue desplazar enseguida el tono de la correspondencia hacia la problemática política.

En efecto, en su carta del 30 de marzo Vettori confesaba –a propósito de los avatares de la elección de León X–

el dominio absoluto de la fortuna en los asuntos humanos y la incapacidad humana de previsión racional e incidencia real en el curso de los mismos. En su respuesta, Maquiavelo reafirmaba una vez más su confianza en la inteligibilidad del acontecer histórico y en la posibilidad de comprender racionalmente su desarrollo:

Si os ha resultado un fastidio el analizar las cosas, por haber visto que muchas veces los hechos suceden en contra de los análisis y de las concepciones que nos hacemos de ellos, tenéis razón, pues lo mismo me ha ocurrido a mí. Sin embargo, si yo pudiera hablaros, no podría evitar el llenaros la cabeza de castillos, porque la fortuna ha hecho que, no sabiendo razonar ni del arte de la seda ni del arte de la lana, ni de ganancias ni de pérdidas, deba razonar sobre el Estado, y me resulta necesario o hacer propósito de callarme o razonar sobre ello.

En las cartas que a continuación le dirige Vettori pasa a plantear ya el tema de la tregua entre Francia y España, la razón de la misma y la posibilidad de conseguir la «paz» para Italia. Y Maquiavelo se deja atrapar: desde este momento hasta finales de agosto aborda las cuestiones que le plantea su amigo en una correspondencia que se va calentando con cada carta. Si en un primer momento se contenta nuestro autor con discurrir hipotéticamente, después pasa a exigir información factual para evitar construir simples «castillos»:

Señor embajador, yo os escribo más para satisfaceros que porque sepa lo que digo; por eso os ruego que en vuestra

próxima carta me informéis de cómo va el mundo, qué se lleva entre manos, qué se espera y qué se teme, si queréis que en estas materias tan importantes pueda razonar con fundamento (epístola del 10 de agosto).

De la discusión epistolar con Vettori sobre la problemática contemporánea italiana y de las perspectivas de una solución favorable para Italia, Maquiavelo llegaba en su carta del 26 de agosto a las siguientes conclusiones: la «paz» que ambos han intentado construir en sus cabezas es difícil; la unión de los italianos invocada por Vettori, imposible; un posible ejército italiano, incapaz; los suizos constituyen un peligro ante el cual no hay defensa en Italia («Amigo mío, este río tedesco es tan grande que se necesita un gran dique para contenerlo»). La epístola terminaba así:

Y porque esto me aterra, quisiera poner remedio, y si Francia no basta, no veo ya remedio alguno y quiero comenzar desde ahora a llorar con vos la ruina y esclavitud nuestra, que si no se produce ni hoy ni mañana, se producirá, sin embargo, mientras todavía estemos vivos. De esta forma Italia tendrá esta deuda con el papa Julio y con los que no pongan remedio a la situación si todavía ahora es posible.

Conciencia, pues, apocalíptica, de desastre colectivo inminente, cuya culpa corresponde a los italianos: a la Iglesia, por su política temporal y espiritual; a los príncipes italianos, por su ambición y su cobardía, por la desidia en formar ejércitos ciudadanos y por esa desidia que los ha llevado a olvidar las necesarias «defensas» frente a

la «riada» extranjera. No hay virtud, sino dependencia total de la fortuna.

Pero tras esta carta la correspondencia se interrumpe: Vettori no responde y, cuando el 23 de noviembre reanuda el contacto, dice a Maquiavelo:

En verdad, no os respondí entonces porque temía que nos ocurriera lo que me ha pasado alguna vez con el Panzano, pues habiendo empezado a jugar con cartas viejas y malas, y tras mandar a buscar otras nuevas, nos encontramos cuando nos las trajo el criado con que a uno de los dos nos faltaba dinero.

Pero tampoco Maquiavelo se había esforzado por mantener la correspondencia, y cuando en carta del 10 de diciembre salía a su vez del silencio, nuestro autor nos dice que durante ese tiempo ha residido en Sant'Andrea in Percussina, leído a Dante y Petrarca, recordado sus vivencias amorosas leyendo a Tibulo y Ovidio; habla también de sus juegos a cartas con los campesinos del lugar y de las frecuentes disputas que surgen. Y a continuación nos dice:

Llegada la tarde, vuelvo a casa y entro en mi escritorio. En el umbral me despojo de la ropa de cada día, llena de fango y porquería, y me pongo paños reales y curiales. Vestido decentemente entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde –recibido por ellos amistosamente– me alimento con aquella comida que es verdaderamente sólo mía y para la cual nací. No me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles la razón de sus acciones, y ellos por su humani-



dad me responden; durante cuatro horas no siento pesar alguno, me olvido de todo afán, no temo la pobreza, no me acobarda la muerte: todo me transfiero en ellos.

Ahora bien, si Vettori había interrumpido la correspondencia temeroso del juego, con miedo de que las cartas con que jugaban fueran viejas y no pudieran adquirir cartas nuevas, Maquiavelo ha ido hasta el final: sabedor de que se necesitaban cartas nuevas, ha ido a por ellas sin temor del precio, y el resultado –la carta nueva– es *El Príncipe*:

Y puesto que Dante dice que no hay ciencia sin retener lo que se ha entendido, yo he anotado aquello de lo que por su conversación he hecho capital y he compuesto un opúsculo, *De Principatibus*, en el cual profundizo cuanto puedo en las particularidades de este tema, discutiendo qué es un principado, cuántas son sus clases, cómo se adquieren, cómo se conservan, por qué se pierden. Y si alguna vez os ha agradaído alguna fantasía mía, ésta no os debería disgustar y debería ser grata a un príncipe y especialmente a un príncipe nuevo; por eso lo dirijo a Giuliano el Magnífico (*ibidem*).

A la redacción de *El Príncipe* Maquiavelo se había visto inducido también por el desarrollo de los *Discorsi*. Se admite generalmente que nuestro autor comenzó la redacción de los *Discorsi* poco después de la pérdida de su empleo de secretario de la Cancillería, y que fue tras el capítulo XVII o XVIII del primer libro cuando abandonó esta obra para pasar a redactar de un solo golpe *El Príncipe*. Pues bien, la lectura de estos primeros capí-

tos muestra el mismo proceso creciente de apasionamiento, de angustia por la situación contemporánea italiana que se observa en la correspondencia. Tras discutir sobre el origen del Estado y sus diferentes clases (capítulos I-II), Maquiavelo señala (capítulo III) como principio clave de la acción política la clara conciencia de la naturaleza humana y su maldad. En el capítulo IX Maquiavelo afirma que quien desee «ordenar» un Estado de nuevo o reformarlo totalmente al margen de sus antiguas instituciones debe estar solo:

Jamás o raramente ocurre que alguna república o reino se vea ordenada bien desde el principio o reformada de manera completamente nueva al margen de las viejas instituciones, a no ser que sea ordenada por una sola persona; antes bien, es necesario que sea uno solo quien dé el modo y de cuya mente dependa cualquier ordenación de ese tipo. Por eso un ordenador prudente de una república y que tenga la intención de querer ayudar no a sí mismo, sino al bien común, no a su propia sucesión, sino a la patria común, debe ingeniárselas para apropiarse de toda la autoridad.

Y Maquiavelo citaba los ejemplos de Moisés y Rómulo que luego aparecerán en *El Príncipe*.

A continuación, Maquiavelo muestra la función indispensable de la religión como factor decisivo de la cohesión social («lazo» no de los hombres con la trascendencia, sino de los hombres entre sí del entramado institucional) en los capítulos XI-XV; pero, a diferencia del modelo de la Roma antigua, la Italia contemporánea se caracteriza por la disolución de los vínculos religiosos y el descrédito social de la

religión por culpa de la Iglesia. Apenas queda en Italia resto de la antigua virtud y la materia humana parece haber alcanzado –dentro del ciclo natural ascendente y descendente de las cosas humanas– su grado más bajo de corrupción. No es extraño, por tanto, que Maquiavelo (enlazando con el capítulo IX) concluya en los capítulos XVII y XVIII en los siguientes términos:

Y se puede extraer esta conclusión: donde la materia no está corrompida, los tumultos y otros escándalos no hacen daño; donde está corrompida, el buen ordenamiento institucional no basta, a no ser que esté promovido por alguien que con una extrema fuerza lo haga observar en tanto que la materia se vuelve buena, lo cual no sé yo si ha ocurrido alguna vez o si es posible que ocurra.

Las reflexiones de los *Discorsi* corrían, pues, parejas a las manifiestas en el epistolario con Vettori: si Italia ha de recuperar su libertad, expulsar a los bárbaros y salir de la crisis, solamente es posible (por la extrema corrupción de la *materia* humana) mediante la *virtú* de una poderosa personalidad que sea capaz de infundir nueva *forma* a dicha *materia* mediante un *orden nuevo*; la «carta nueva» que se necesitaba era un *príncipe nuevo e innovador*. Movidio por la urgencia de la situación, Maquiavelo abandona el trabajo metódico y lento de los *Discorsi* para abordar la presentación en forma de manifiesto de la nueva política mediante *Il Principe*.

Si ésta es la génesis histórica, personal y teórica de *El Príncipe*, conviene, sin embargo, no olvidar que Maquiavelo se planteó también su opúsculo como un medio

para volver al ejercicio activo de la política al servicio de los Medici. De ahí que pensara dedicar la obra a Giuliano de Medici y que a la muerte de éste la dirigiera a su sobrino Lorenzo. No es lícito olvidar este propósito de promoción personal como impulso de la obra, pero todavía lo es menos realzarlo a costa de marginar los otros factores que determinan su contenido real y su impulso emocional e ideológico.

### *Il Principe*: su estructura interna

Maquiavelo redactó, por tanto, *El Príncipe* de un solo golpe entre agosto y diciembre de 1513 (la dedicatoria a Lorenzo es posterior, y se sitúa hoy entre diciembre de 1515 y septiembre de 1516) a partir de su asidua lectura de las historias y su larga experiencia personal, pues como decía a Vettori: «Quindici anni che io sono stato a studio all'arte dello stato, non gli ho né dormiti né giuocati.»

En la obra se distinguen cuatro partes fundamentales:

1) Capítulos I-XI: Se estudian las diferentes clases de principados, cómo se adquieren y se conservan. Tras una rápida mención de los principados hereditarios (capítulo II), se concentra la atención en el «principado nuevo», abordando primeramente el llamado «principado mixto» (capítulos III-V). Pero la verdadera preocupación de Maquiavelo (en conexión con el impulso que había dado origen a la obra) es examinar los «principados totalmente nuevos» (en los que es nuevo el príncipe y la organización política) junto con las diferentes formas de acceso a